

de embarcarse de tanto número, que con la multitud y el peso algunas fueron á pique, y las demás se recelaban de acercarse. Así sucedió que algunos soldados y padres de familias por favor ó compasion, ó porque podian alcanzar las naves á nado, llegaron salvos á Sicilia. Las demás tropas enviaron á Varo sus diputados de los centuriones, y se le entregaron. Vistas estas cohortes por el rey Juba al dia siguiente delante de la ciudad, diciendo que era presa suya, mandó dar muerte á un gran número de soldados y envió á su reino algunos que escogió entre todos. Como Varo se quejase de que le quebrantaba su palabra de honor y no se atreviese á resistirle, él, tomando un caballo, se vino á la ciudad acompañado de muchos senadores, y entre ellos de Servio Sulpicio y Licinio Damasio: y habiendo dispuesto y ordenado en Útica con brevedad aquello que le pareció, de allí á pocos dias se restituyó á su reino con todas sus tropas.»

Tal fué el desastroso fin de esta campaña, segun la describe Julio César en sus Comentarios, (libro 2.º de la guerra civil) el año 49 antes de J. C., mientras él terminaba felizmente la suya contra Afranio.

Empezó Curion cometiendo la imperdonable falta de dejarse en Sicilia la mitad de las fuerzas que con su gran prevision le confiara César; y aunque aventurado en las primeras operaciones, demostró en ellas prendas de valor é iniciativa: supo vencer el terrible conflicto de la sedicion de sus tropas por simpatizar con las contrarias, que es uno de los más difíciles y peligrosos trances en las guerras civiles, acertando á captarse la adhesion de los soldados y á inspirarles confianza; cualidad inapreciable en un general, que suele ser anuncio de felicidad en sus empresas; y tuvo acierto al elegir á Castra-Cornelia por base, punto de apoyo y de comunicacion con el mar, pues reunia condiciones ventajosas que le hubieran proporcionado la victoria ó cuando ménos asegurado de toda catástrofe.

Pecó sin duda de presuncion, de candidéz é impericia al abandonarla; y bien lo deja entender César cuando dice, disculpándolo, que influyeron en su resolucion *la mocedad, la grandeza de ánimo, la felicidad del tiempo pasado y la confianza*; palabras que revelan por otra parte, la elevacion de su carácter al juzgar tan benignamente á un subalterno cuyos errores le ocasionaron inmensos perjuicios comprometiendo su causa y prolongando mucho la guerra civil. Acorde estuvo con esa noble templanza de César el emperador Napoleon en 1813 cuando, al saberse el revés de Dennewitz, les dijo á Murat, Berthier y Gouvion Saint-Cyr que se hallaban á su presencia: *La guerra es una cosa singularmente difícil y debe tenerse mucha indulgencia con los que la practican*: faltóle, no obstante, esa filosofía años antes, en la ocasion que recibió noticia de que Dupont habia capitulado en Bailén.

Sobre tener poca disculpa valedera la determinacion de dejar el campo atrincherado de Castra-Cornelia, en las circunstancias y momento que lo hizo Curion, para aventurarse contra los númidas, todavía es mayor su falta al empeñarse precipitadamente en la persecucion despues de sorprendida por la caballería la vanguardia enemiga, sin dar lugar al descanso que necesitaban y á la marcha ordenada de las tropas; así como sin informarse bien de las fuerzas é intentos del caudillo contrario, que es probable le habría decidido á retirarse al instante á su campo. Lo que le sucedió acredita una de las antiguas máximas de guerra de Vegecio, que D. Diego de Salazar en su libro *De Re Militari* traduce: *el Capitan que sigue con desorden al enemigo, despues de roto, no busca sino tornar de victorioso en vencido*. Y por eso se atribuye al Mariscal de Turena haber dicho, en ocasion de que todos á su alrededor gritaban entusiasmados por creer lograda ya una gran victoria: *Si Dieu ne nous soutient, et s'il n'achève son ouvrage, il y a encore assez de temps pour être battus*.

Aun despues de todo eso completó Curion su temeraria ceguedad descendiendo de las alturas donde hubiera podido reunir y dar algun descanso á sus infantes y caballería, donde el terreno le ofrecía ventaja para resistir con poca gente bien ordenada á la numerosa caballería nómida, y desde donde, tal vez, habria sido posible emprender la retirada: mas colocado *en campo raso* en el estado que iban sus escasas fuerzas, segun se colige de la relacion de los Comentarios, no podía ya bastar el espíritu, el valor y la solidéz de los soldados romanos para evitar ser envueltos y deshechos.

En cuanto á los contrarios, preciso es reconocer que Sabura se condujo como aprovechado discípulo de la escuela de Masinisa y de Yugurta, manifestando prevision, astucia y perseverancia; sabiendo emplear, y áun sacrificar oportunamente una parte de su caballería, para conseguir avanzára su incauto enemigo y dar tiempo á que llegase el grueso del ejército que conducía Juba; y por último, lanzando por todos lados nubes de caballos para acosar, fatigar y envolver á los romanos, sin comprometer la infantería que mantuvo unida y amenazante, pero que aun cuando organizada en algo á modo de las legiones, no le inspiraba tanta confianza para el pronto éxito.

Mostráronse entonces los nómidas lo mismo que en las guerras anteriores, y como se verán en las sucesivas, siempre consecuentes en sus costumbres y manera instintiva de pelear; ligeros y diestros ginetes, tan prontos para amagar como para huir; reacios al órden, á la disciplina y formacion; practicando por regla invariable la dispersion instantánea y la reunion despues pronta é inesperada; y consiendiendo su plan constante de batallas en acosar y envolver por los flancos y retaguardia.

Digna y noble respuesta dió Curion al que le aconsejó se salvará huyendo con pocos caballos en el último desesperado trance, pues demostró no querer sobrevivir á

su descrédito; pero ni los respetos á que es acreedora la desgracia, ni la buena memoria de su postrer arranque son suficientes para absolverle en la crítica militar; porque á ningun oficial, y mucho ménos á ningun general puede admitirse jamás en principio, que redima su responsabilidad moral por una muerte voluntaria, aunque revista carácter de heroísmo. La compasion, el interés simpático, y hasta el elogio que en otros conceptos merezca alguna vez ese sacrificio, no son de tenerse en cuenta al examinar la manera que tuvieron de llenar sus deberes; pues aunque éstos no exigen se venza siempre, imponen sí que se procure por todos los medios, y que no lográndolo, se atienda á reducir el mal á lo ménos posible y á sacar partido hasta de las más afflictivas eventualidades: por eso el encargo del general en jefe es tan alto, por eso va investido de grandes facultades y preeminencias, y por eso es tan crecida su responsabilidad. Semejante determinacion de sucumbir como Curion se explica mejor en beneficio de fama póstuma para borrar desaciertos, cuando el general sea el soberano; esto es, cuando él asume las consecuencias y no tiene que dar cuenta más que á Dios de sus acciones en el mando, como sucedió al rey D. Sebastian de Portugal, y como muchos creen que debió hacer Napoleon en Waterloo; pero fuera de rarísimo caso, siempre habrá de quedar aceptado que ni el arriesgar, ni el perder la vida salvan la responsabilidad moral por las faltas cometidas en el ejercicio del mando militar; y que, al contrario, el buscar la muerte puede ser, en ocasiones, temor de la misma responsabilidad y deseo de eludir sus exigencias.

En el último período de los sucesos referidos hay otro ejemplo de los deplorables efectos que produce el pánico si el jefe á cuyo cargo se hallen las tropas despues de un descalabro, no acude al instante con energía y serenidad á tranquilizar los ánimos, infundiendo confianza; y si

prontamente tambien , sin vacilar, no adopta una resolucion; porque los retardos ó el titubear en tales momentos acarrea los peores resultados : por esto se reconoce como máxima, que *en cualquiera ocasion de guerra, el peor partido que se puede tomar es el no tomar ninguno; y que nunca se ha de desesperar del todo, tocando al buen juicio del que manda apreciar lo que sea posible emprender y lo que se deba evitar.*

---

Los *Comentarios de César* (libro 2.º de la Guerra Civil) contienen lo mejor que sobre esta campaña, así como sobre la siguiente, nos legaron los coetáneos, y por eso á ellos nos hemos ceñido en el relato. Los otros autores que hacen referencias son Apiano, Dion Casio, Lucano y Paulo Orosio; y entre los comentadores modernos debe citarse principalmente á Guischart, de cuya obra nos hemos ya ocupado y volveremos á ocuparnos en seguida con más particularidad.

Constituyen los *Comentarios de César* un verdadero modelo, tanto en el concepto militar como en el histórico y literario; pero son sobre todo recomendables en el primero para cuantos sigan la carrera de las armas. Tenemos de ellos en castellano tres traducciones y un epítome por D. Carlos Bonieres: la más antigua es de Fray Diego Lopez de Toledo, que impresa en 1498 se reprodujo despues en varias ediciones: la de D. Manuel Valbuena, dada á luz en 1789, y la del presbítero D. José Goya y Muniain, que lo fué en 1798. Esta última pasa por la más correcta entre los humanistas; pero la circunstancia de no comprender los libros de suplemento atribuidos generalmente á Hircio, y faltarle por consiguiente la campaña de César en Africa, nos ha inducido á servirnos de la de Valbuena. No nos atreveremos á juzgar el mérito de estas versiones, pero sí diremos de las modernas, sin vacilar, lo mismo que apuntamos respecto á la de Polibio, que en cada pá-

gina demuestran los traductores que no eran militares ni se asesoraron de algun oficial instruido antes de darlas á la estampa, como en los trozos que van intercalados lo echarán de ver nuestros lectores.

Es de sentir que no se haga en España como en Francia y otras naciones una edicion esmerada de los *Comentarios de César* para vulgarizar su lectura en el ejército, teniendo presentes en la version, con las exigencias del estilo, la propiedad de las palabras y frases técnicas militares; así como acompañando todas las ilustraciones del arte y geográficas que son en el dia indispensables, lo cual está reconocido y pedido por los dos últimos traductores castellanos á que nos referimos.

En el principio del prólogo dice Valbuena: «Los militares miran con admiracion esta obra, hallando en ella ejemplos muy singulares de un valor prudente, de grandeza de ánimo, de amor á la gloria y á la pátria, de actividad, de constancia, de arte de ganar las voluntades de las tropas, de mantener con autoridad en las ocasiones la rigorosa disciplina, y de aquella superioridad en los trabajos y peligros que inspira gran confianza y hace á los ejércitos invencibles.»—Y al finalizarlo recomienda á los curiosos la edicion francesa de 1785 por el Conde Turpin de Crissé, por las excelentes notas históricas, críticas y militares que la adornan, «las cuales pueden servir de ejemplo á alguno de nuestros militares literatos, para ilustrar dignamente una buena traduccion castellana de estos Comentarios.»

Por su parte Goya y Muniain, en las advertencias que sirven de preámbulo á su segundo tomo, dice que además de los defectos que advertirán los humanistas, «podrá ser que se encuentren (en su traduccion) no pocos que solamente puedan notar los militares españoles versados en la lengua griega, latina, italiana, francesa é inglesa,» y añade luego: «¡Ojalá, pues, que algun militar español,

»cual para este caso se requiere y queda insinuado, corri-  
 »giese las mias, y aprovechando de todas las traducciones  
 »castellanas y extranjeras, desplegase mejor las preciosi-  
 »dades de César; desmenuzase tantas partes de máquinas  
 »militares; explicase más llanamente la forma de tantas  
 »evoluciones; diese el pormenor de las fortificaciones; des-  
 »cribiese la manera y circunstancias de las marchas y con-  
 »tramarchas; deslindase los campamentos, estancias y  
 »reales; y pusiese en claro la propia genuina sentencia y  
 »pensamiento de César en diferentes pasajes de sus Co-  
 »mentarios! Este sí que haria una cosa loable, propia de  
 »su profesion, útil á la juventud española y dignísima de  
 »todo aprecio entre militares y eruditos, entre nacionales  
 »y extranjeros. Por ventura no faltará quien tome á pe-  
 »chos esta empresa; y acaso para acabarla podria serle de  
 »algun socorro esta nueva traduccion castellana.»

En apoyo de estos asertos encontramos que el filósofo  
 inglés Bacon exige «que todo traductor sepa bien ó conoz-  
 »ca la materia tratada por el autor cuya obra vierte á otro  
 »idioma.»

## CAMPAÑA DE JULIO CÉSAR.

La catástrofe de Curion aseguró por el pronto en Afri-  
 ca el partido de Pompeyo; y envalentonado el rey Juba de  
 su victoria, alardeaba de Soberano hasta con los romanos  
 que auxilió, y necesitando éstos todavía conservarle amigo  
 con los númeridas, sufrían las humillaciones de su bárbara  
 arrogancia.

Favorecido siempre César de la fortuna allí donde se  
 hallaba en persona, alcanzó el completo triunfo de Far-  
 salia, á que siguió la muerte de su rival refugiado en  
 Egipto; y mientras le entretuvieron los sucesos á orillas  
 del Nilo y la expedicion al Asia menor contra Farnaces,  
 rey del Ponto, fueron acudiendo á Africa los dispersos

restos del ejército de Pompeyo, para agruparse á los que acaudillaba Varo bajo el amparo de Juba; llegando así á constituir un imponente centro de resistencia, que despues se aumentó con diez mil hombres que condujo Caton por tierra desde los confines del Egipto hasta Útica. Con este refuerzo, más los otros que se fueron incorporando, quedaron organizadas diez legiones y alguna tropa ligera; siendo el auxilio de Juba de cuatro legiones, ciento veinte elefantes y una numerosísima caballería númera.

Dieron el mando supremo de ese ejército romano á Metelo Escipion, personaje respetable por sus antecedentes y por su nombre doblemente histórico en aquel país, y por que era además padre político del gran Pompeyo: hubo para la designacion sérios altercados con Varo, y quisieron muchos elegir al austero Caton; pero declinando éste tan alto honor y mediando con su prestigio, logró el acuerdo favorable á Escipion, como á quien mejor correspondia por la circunstancia de que ya habia sido Cónsul; adhiriéndose por fin á su opinion el rey Juba, así como Labieno, Afranio y Petreyo, que eran los principales sujetos que allí concurrían.

Al tratar luego del plan que debiera seguirse, propuso Juba la destruccion y abandono de Útica, en razon á que los habitantes simpatizaban con la causa de César; y aunque Escipion aceptaba el pensamiento, fuese por creerlo conveniente ó por complacer á su aliado, opúsose Caton y se ofreció á defender la plaza; lo que así se acordó á despecho del rey númera.

Entretanto César, no obstante sus lejanas atenciones, habia declarado á Juba enemigo de la República y adjudicado sus estados á los reyes de la Mauritania Boccus ó Boco y Bogud, que se mantenian neutrales desde el principio, ó más bien adictos á su causa; y utilizó hábilmente á Sittius, que emigrado en aquellos países y habiendo alcanzado en ellos grande influencia por sus servi-



cios, supo atraérselo y aprovechar sus condiciones para procurarse poderosos auxiliares cuando llegára el momento de ir á Africa.

De regreso en Roma se trasladó al instante á Sicilia, donde plantó su tienda á la misma orilla del mar, en *Lilybea* (hoy Marsala), para activar los preparativos, mientras iban llegando las tropas, no sin alguna dificultad é incidentes como el de la sublevacion de la 10.<sup>a</sup> legion que conducia Salustio, antes de llegar á Roma. Y reunidas apenas seis legiones y dos mil caballos, que segun fueron llegando hizo embarcar en las galeras, mandó por delante la mejor parte de la flota y se dió él en seguida á la vela.

La relacion de esta campaña, que se cree escrita por Hircio y vá unida á los Comentarios, dá por fecha del embarque de Cesár el dia 27 de Diciembre (año 46 antes de J. C.); pero teniendo presente la variacion del calendario, opina Guischartt que debe corresponder al 8 de Octubre, y que por ella pueden deducirse las demás de los sucesos. Al cabo de cuatro días arribó á la costa de Africa, y despues de hacer algun daño en *Klipea*, *Neapolis* y otros lugares, se presentó á la vista de *Adrumeta* con solo algunos buques que conducian tres mil infantes y ciento cincuenta ginetes, por haber dispersado á los demás el mal tiempo.

Imprudencia temeraria habria sido en cualquiera otro atreverse á nada formal con tan escasos medios, teniendo al frente una plaza ocupada por dos legiones bajo el mando de Considio, y debiendo suponer cubierto el territorio de numerosas huestes enemigas; pero para el hábil y afortunado Julio César todo era posible y de todo sacaba partido ventajoso, como se demostró en esta campaña, cuyos principios fueron en tanto extremo difíciles y azarosos que le pusieron en el peor trance que jamás se vió, logrando, sin embargo, salir vencedor á fuerza de energía, de actividad y destreza.

Al poner pié en tierra á la vista de *Adrumeta* (*Susa*) cayó al suelo y tuvo la feliz ocurrencia de exclamar «ya te

*tengo Africa,*» para salvar la fatídica interpretación á que semejante accidente pudiera dar lugar entre los soldados despues de una navegacion peligrosa, con tan escasas fuerzas y con el recuerdo de los últimos desastres ocurridos en el mismo país que pisaban. Una vez desembarcados, atrincheró sin dificultad su pequeño campo, prohibió que nadie saliese de él, reconoció en persona los contornos de la plaza y envió intimación á Considio para que se le sometiese; pero pasado un día y una noche sin obtener respuesta, viendo que la escuadra no llegaba, que tenía pocos caballos y que muchos de los soldados eran reclutas, quiso evitar un descalabro en aquella arriesgada situación y emprendió la marcha siguiendo la costa hácia el Sur.

«Al levantar el campo hicieron de repente una salida de la plaza, y al mismo tiempo vino á socorrerles casualmente la caballería que enviaba el rey Juba á recibir su sueldo: se apoderaron de los reales de donde acababa de salir César, y empezaron á perseguir su retaguardia. A vista de esto hicieron alto los legionarios; y aunque los caballos eran pocos, hicieron frente con grande ánimo á tanta multitud. Parecerá increíble lo que sucedió, que ménos de treinta caballos *franceses* desalojasen á dos mil *moros* y los retirasen hasta la ciudad. Como fueron rechazados y forzados hasta dentro de sus reparos, prosiguió César la marcha comenzada. Mas como hiciesen lo mismo frecuentemente, y unas veces persiguiesen á los nuestros y otras fuesen rechazados por los caballos hasta la ciudad, colocó César en la retaguardia algunas de las cohortes veteranas y parte de la caballería, y empezó á marchar tranquilamente con las restantes. Así cuanto más se alejaba de la plaza, ménos ardimiento mostraban los númidas para perseguirle.»

Recibió mensajes durante esa marcha de algunas poblaciones prometiéndole obediencia y envío de víveres; y llegando (se cree el 14 de Octubre) á *Ruspina* (hoy Monastir

ó Monasterio), acampó allí para trasladarse luego á *Leptis* (Lemta), plaza importante que tambien le ofreció sumision, y en la que puso guardias para evitar saqueos y todo desórden.

La necesidad de señalar con exactitud las localidades para el estudio de una guerra de la importancia que tienen las de César, indujo á todos los traductores ó analizadores de los Comentarios á indicar las que creyeron; pero por falta de suficientes datos, por semejanzas de nombres y por no haber visitado el país incurrieron en graves errores que ahora es posible corregir merced á los modernos viajeros é investigadores. La Carta ó Mapa del Africa Romana del Depósito de la Guerra de París y los estudios de geografía comparada de Mac-Carthy nos permiten indicar la verdadera identificacion de los principales lugares que figuran en esta interesante campaña: así, por ejemplo, puso Guischart á *Adrumeta* en Hercla y á *Ruspina* en Sahaleel, no siendo más acertado en otros puntos; cuando en el dia se sabe que *Adrumeta* corresponde á Susa y *Ruspina* á Monastir: y nuestro traductor Valbuena, guiándose por la opinion de Turpin de Crissé en las notas de su version francesa de los Comentarios, identifica á *Ruspina* con Mahadia, y se equivoca igualmente en otras localidades. En cuanto á *Leptis*, ó sea el *Oppidum Leptin* que dicen los Comentarios, parece no puede dudarse sea Lemta, situada al Sur del golfo de Hammamet en la Regencia de Tunez, y que no debe confundirse con la *Leptis-magna* que corresponde á Lepta en el Estado de Trípoli.

Estando ya César en Leptis llegaron allí varias galeras y buques de transporte, sabiendo entonces que el resto de la escuadra andaba aún errante sin saber el punto á donde acudir; pues aunque parece increíble en su habitual prevision, no habia dado conocimiento del punto de reunion, y se creía que muchas naves habrian ido hácia Útica.

Determinado á no separarse del litoral, mandó continuarse embarcada la caballería que trageron los buques recién llegados, por temor de que se dieran los soldados á saquear la campiña y corriesen peligro, como sucedió á algunos remeros que, descendiendo de las naves en busca de agua, cayó sobre ellos porcion de ginetes númeradas cuando ménos lo sospechaban, «porque se ocultan con los caballos emboscados en los valles, de donde salen de repente, pero sin ser parte para venir á las manos en campo raso.» Más que este motivo expresado por Hircio para que no desembarcase la caballería, puede suponerse tendria presente César la posibilidad de serle preciso un reembarque con objeto de ir sobre otro punto; pero de todos modos, dió órdenes urgentes á Cerdeña y Sicilia para que le enviasen al instante víveres y tropas, descargando á ese fin sus galeras, de las que envió diez á buscar en la mar las que vagaban inciertas y á cruzar por frente de la costa para mantener libre la navegacion; encomendando tambien á Salustio que fuera con parte de la flota á apoderarse de los almacenes que poseía el enemigo en la isla *Cercina* (Kerkenáh, Querquenes), sobre lo cual, producida alguna observacion de dificultades por el comisionado, le contestó César, segun Suetonio y Plutarco, *no pienso en este instante si es ó no posible lo que te mando: anda y vence: las circunstancias en que nos hallamos no admiten excusas ni consienten retardos.*

Al inmediato dia, dejando en Leptis seis cohortes á las órdenes de Saserna, volvió á su anterior campo de Ruspina, depositó todo el bagaje, y con un cuerpo móvil á la ligera, pero acompañado de carretas y acémilas de los naturales, fué á recorrer las cercanías para procurarse trigo; y hecho esto, dejó allí con una legion á un hermano de Saserna, el que quedó en Leptis, y recomendándole proveer de leña el campo, se trasladó él con siete cohortes escogidas de veteranos á otro punto distante dos millas, donde se embarcó por la tarde sin haber dicho á nadie su

proyecto. Llenáronse los soldados de inquietud viéndose en tan crítica situación, sin esperar auxilio y sin el consuelo que les daba «el semblante, el espíritu y alegría del general, que manifestaba siempre su grande ánimo y confianza: con él se aquietaban todos, esperando que nada habría difícil para ellos conducidos por su sabiduría y experiencia:» mas por fortuna al amanecer, cuando iba á darse al mar, se presentaron á la vista algunos buques de los que con tanta ansiedad esperaba y que se proponía ir á buscar; y entonces, desembarcando sus cohortes y las tropas recién llegadas á bordo, regresó á Ruspina, asentó bien el campo y volvió á salir con treinta cohortes para recorrer la tierra vecina en demanda de vituallas.

Cerca de tres millas de camino llevaba andadas la columna, cuando avisaron los exploradores que venían fuerzas contrarias; de lo que cerciorado por la gran polvareda que se divisaba, mandó se le uniesen rápidamente la caballería y los arqueros y que le siguieran despacio las legiones formadas en batalla, mientras se adelantaba á reconocer al enemigo, no creyéndolo sin duda en excesivo número. Opina sobre esto el inteligente comentador Guischart, que la caballería de César debía constar de 1.400 ginetes, y que tal vez los copistas suprimieron la M, y también juzga sería más considerable el número de sus arqueros; conviniendo en que pensó era solo un cuerpo de númeridas el que se aproximaba, y que por eso no retrocedió ni quiso esperar á las legiones. Mas era un verdadero ejército el que tenía delante, mandado por su antiguo teniente Labieno, en fuerza de 40.000 hombres de infantería legionaria y ligera irregular, 1.600 caballos galos y germanos, y 8.000 númeridas; con el que pensaba alcanzar de César, si se atrevía á combatir, igual victoria que la de Juba sobre Curion.

Presentóse en dilatado orden de batalla sin intervalos, formando una sola línea de caballería é infantería ligera y flecheros; pero muy unida y espesa, apoyada en los flancos

por la caballería regular y el resto de la n mida con gran fondo, á fin de poderla extender luego para envolver completamente al enemigo. Y César colocó su reducido cuerpo tambien en una línea, poniendo delante los arqueros y la caballería  n las alas, con el encargo de impedir que la contraria lo envolviese.

«Unos y otros estaban en expectativa : César no hacia movimiento alguno, conociendo que con tan corto número y contra tan grandes fuerzas le era preciso pelear más con el artificio, que con las fuerzas. En esto empezó á extenderse de repente la caballería enemiga, tomando las alturas para inutilizar la de César, y prepararse al mismo tiempo para cercarla. Con dificultad se sostenía la caballería de César contra tanta multitud. Dispon anse los dos centros   embestirse, cuando *salieron corriendo de improviso de su apretada línea los n midas armados   la ligera junto con los caballos, y dieron sus descargas á nuestros legionarios.* Cargaron éstos sobre ellos, y *entonces se retiraban los caballos, haciendo frente la infantería, mientras que renovando los caballos la carrera, acudian   su socorro.* Conociendo César que en este nuevo género de pelea, al correr sus soldados detrás de los enemigos perdian su formacion (porque mientras la infantería perseguía los caballos lejos de las banderas, descubria el flanco al tiro de los n midas inmediatos, y la caballería enemiga, dando á correr, escapaba fácilmente de las flechas de los nuestros), mandó publicar por todas las filas que ningun soldado se adelantase más de cuatro piés de las banderas. La caballería de Labieno, fiada en su multitud, intent  cercar el corto número de César, los cuales, viéndose pocos, cansados de resistir á tantos enemigos, y heridos los caballos, empezaron   ceder algun tanto, y los contrarios   cargarlos más. Así que rodeados en un instante todos los legionarios por la caballería enemiga, y reducidos   un peloton, se veían en precision de pelear todos dentro de aquel estrecho. . . .

.....

César, que penetraba sus designios, mandó extender la frente de su exercito lo más que se pudiese, y que las cohortes diesen un cuarto de conversion, para cargar al enemigo una despues de otra. Así dividió por medio la corona de los enemigos á derecha y izquierda; y acometiendo con la infantería y caballería á la una parte separada de la otra, la desbarató con los dardos, y la puso en fuga: y no atreviéndose á seguir el alcance por temor de alguna emboscada, se volvió á los suyos: la otra parte de infantería y caballería de César hizo lo mismo. Con este buen suceso, rechazados bien léjos, muy heridos los enemigos, se retiró á sus reparos en la misma formacion. A este tiempo llegaron á socorrer á Labieno M. Petreyo y C. Pison con mil y cien caballos escogidos de los númeradas, y un grueso considerable de infantería de la misma nacion. Recobrados aquellos de su terror con este refuerzo, y renovados sus alientos, revolvieron los caballos sobre los legionarios de la retaguardia, que se iban retirando, y empezaron á estorbarles la vuelta á los reales. Advertido de esto, mandó César hacer alto á su gente y renovar la batalla en medio del llano. Peleaban los enemigos del mismo modo que antes, *sin acabar de venir á las manos*. La caballería de César, fatigada del viaje por mar, de sed, de descaecimiento, del corto número, y de las heridas, estaba casi inútil para perseguirlos y perseverar en la carrera: además quedaba ya muy poca parte del dia. Así que, dando César una vuelta á las cohortes y á la caballería, mandó que saliesen todos á un tiempo contra los enemigos, y no parasen hasta rechazarlos de la otra parte de los últimos cerros y quedar señores de ellos. Hecha la señal cuando ya los enemigos daban sus descargas con ménos esfuerzo y más descuido, echó sobre ellos de repente sus cohortes y compañías de á caballo; los cuales desalojaron en un instante de la campaña á los enemigos con poca dificultad, los persiguieron hasta la otra parte de los collados, donde hallando puesto conveniente, se detuvieron un

rato para repararse, y se volvieron retirando formados como estaban á sus fortificaciones ; y asimismo los contrarios, muy maltratados, se fueron recogiendo al cabo á las suyas.»

Así describe Hircio esta batalla de Ruspina, primera de la campaña, que duró desde las 11 de la mañana hasta el anochecer, y en la que, á pesar de la gran superioridad de fuerzas, salió vencido y herido el general adversario Labieno. Con más detalles de los que acostumbra, omite algunos importantes é incurre en confusion para que puedan comprenderse bien en todo, como despues procuraremos demostrar.

No se descuidó César por la ventaja obtenida, antes bien comprendiendo que no tardaría en ser otra vez atacado por Escipion con nuevas fuerzas que podrian ascender á 8 legiones y 4.000 caballos, activó los trabajos de defensa; levantó trincheras desde Ruspina y desde su campo hasta el mar que se comunicasen entre sí; hizo desembarcar cuantas máquinas y armamento podria ser de utilidad, así como la gente que tripulaba las naves y que por su origen podian emplearse como infantes ligeros ó flecheros, interpolados con la caballería; pues se propuso usar la misma combinacion de que se valian con provecho los enemigos: al propio tiempo mandó fabricar dardos, flechas, chuzos y balas (*glandes*), repitiendo órdenes á Sicilia para que le enviasen material de sitio y subsistencias abundantes.

En el entretanto los buques africanos habian capturado é incendiado algunos de los de César que vagaban por el mar, como se ha dicho; y Cn. Pompeyo el jóven, escitado por Caton, se dirigió con 30 galeras y 2.000 hombres de desembarco sobre la Mauritania, á fin de imponer al rey Bogud y sacar de allí mantenimientos; pero entrado por aquellos dominios y queriendo amagar á la ciudad de *Ascurum* fué sorprendido, desbaratado y obligado á recogerse á su flota.



Escipion, dejada en Útica buena guarnicion, marchó sobre Ruspina y se estableció á tres millas de distancia, unidas sus tropas á las de Labieno y Petreyo. Dedicó desde luego la caballería á inquietar las cercanías del campo y trincheras de César, á sorprender á los que se alejaban y á impedir saliesen por agua y forrajes; con lo cual les molestaban mucho y reducian á escasez, hasta el extremo que tuvieron que utilizar las algas marinas para dar de comer á los caballos (1). Aguardaba, sin embargo, para formalizar un ataque, la llegada de Juba con poderoso auxilio, cuando á consecuencia de haber penetrado en su reino Bogud y el cesariano Sittius, que le tomaron la plaza de Cirta, determinó acudir en defensa de su propio Estado antes de socorrer á los aliados; y al efecto contramarchó llevándose las tropas que ya tenia en el campo de Escipion, al que solo dejó treinta elefantes. Con este motivo se dedicó á ejercitar diariamente el ejército preparándole á una batalla, lo formaba en actitud de provocarla y adelantóse alguna vez á la proximidad del campo de César; quien permanecia tranquilo, ordenaba que los exploradores se fuesen retirando poco á poco y que todos los demás continuáran en sus trabajos, pues ni temia que intentaran un asalto, ni le movian aquellos alardes á alterar su resolucion de permanecer allí á pié firme hasta reunir cuanto necesitaba. Mas eso no obstante, íbanle dando fruto sus diligencias y su política mientras se mantenia en tan estrecha defensiva: recibia de continuo desertores que le instruían de lo que pasaba entre los enemigos; ganaba prosélitos y se le ofrecian ciudades como *Acilla* (se llamó tambien *Acholla* y hoy se cree sea El Alia), que le pidió guarnicion para quedar bajo su obediencia y facili-

(1) Lavadas en agua dulce sirvieron entonces por algunos dias las algas para alimento de los caballos, pues la absoluta necesidad encuentra recursos en lo que sin ella es despreciado: la caballería francesa ha hecho tambien en la Argelia frecuente uso del *Chich*, el *Dris* y el *Halfa*, especies de yerbas salvajes que se encuentran abundantes en algunas comarcas, en particular en las regiones del Sahara.

tarle lo que fuera dable; á lo que accediendo César, destacó allá con alguna fuerza á Cayo Mesio y la ocupó antes que llegára Considio desde Adrumeta para impedirlo.

Los ansiados refuerzos empezaron al fin á llegar al campo de Ruspina, presentándose dos convoyes que desembarcaron dos legiones, 800 caballos y mil honderos y flecheros; y enviando de seguida los buques á buscar las demás tropas y pertrechos que le faltaban, se consideró ya César en el caso de dejar su actitud enteramente defensiva. Hizo salir de las trincheras á media noche las tropas, pasó á Ruspina, tomó un corto declive por el lado izquierdo y guió las legiones por la ribera del mar, siendo el terreno una llanura rasa de 15 millas de extension entre el mar y una cadena de colinas que la cerraban en anfiteatro; y como la última de esas colinas ó cerros estuviera con antelacion ocupada por un destacamento de númidas, dispuso atacarla tan luego como se estableció y fortificó en los otros puntos dominantes.

Observando el movimiento de César los generales enemigos, y sacando toda la caballería se adelantó formada en línea hasta cerca de una milla, dejando atrás la infantería; mas él, imperturbable, destacó una turma de caballería española, seguida de otra tropa ligera, contra el expresado cerro, de que se apoderaron poniendo en huida á los que le ocupaban. Para darles favor Lavieno separó de su línea casi toda el ala derecha; y visto por César, aguardó que se hallase bastante avanzada para mandar que su caballería de la izquierda saliera á cortarla, como lo consiguió, á causa de no ser notado el movimiento desde el campo enemigo por estar interpuesta una gran casa de labor. Los cesarianos hicieron mucha mortandad en los contrarios, salvándose los demás dentro de sus trincheras, en las que tambien se refugiaron las legiones que tenían formadas delante; con lo cual César recogió su gente á las nuevas posiciones y campamento.

Al día siguiente formó las tropas en la falda de las colinas y marchó despacio hácia el campo enemigo, situado al apoyo de *Uzita* (hoy Benbela), y cuando llegaba á ménos de mil pasos, sacó Escipion su ejército y lo estableció fuera de las trincheras en cuatro líneas, siendo la primera de caballería y elefantes. Creyó César que tal formacion indicaba el propósito de aceptar batalla, y aguardó hasta el anochecer que la comenzasen; pero visto que no se movian y considerando desventajosa la posicion para atacarla, se retiró otra vez á su campo.

«Acaeció á la sazón al ejército de César un contra-tiempo muy grande; y fué, que despues del ocaso de las Pleyadas, á cosa de las nueve de la noche, se levantó una gran tempestad de agua mezclada con granizo. A este trabajo se añadió que César no tenia sus tropas en tiendas, como era costumbre de otros generales, sino que mudando campamentos cada tres ó cuatro días, y acercándose más al enemigo, allí mismo campaba; con cuyos trabajos no dejaba lugar á los soldados de mirar por sus personas. Además habia transportado el ejército desde Sicilia de manera que *no se permitió embarcar más que el soldado y las armas, sin esclavos, ni otra cosa tocante á los utensilios*; y en el Africa no solo no habian adquirido ni hecho prevencion alguna, sino que por la escasez de víveres habian consumido todo cuanto tenían. Con lo cual se hallaban tan miserables, que eran poquísimos los que tenian tiendas para cubrirse. Los demás se componian con cobachas hechas de sus ropas, y cubiertas con escobas y cañas. Y así sobreviniendo de repente el agua y granizo, derribadas y arruinadas sus pequeñas barracas, con las tinieblas, con el agua y la noche tan tempestuosa, apagados los fuegos y echados á perder los víveres, andaban los soldados dispersos y aturdidos por el campo, cubriendo las cabezas con los escudos.»

Instado nuevamente Juba por Escipion para que le

auxiliase, despues del último descalabro de su caballería, dejó á Sabura que hiciera frente á las hostilidades de Sittius y llegó con tres legiones, 800 caballos enfrenados, 30 elefantes y crecido número de ginetes númeras irregulares é infantes ligeros; con cuyas fuerzas se estableció en un campo poco separado del de Escipion. Dió esto motivo, desde que se supo la aproximacion de aquel nuevo ejército, á que cundiera algun terror entre los soldados de César, quien creyó necesario arengarlos con energía y les dijo exajerando todavía las fuerzas del enemigo: «Sabed que dentro de pocos dias estará el rey aquí con diez legiones, con treinta mil caballos, cien mil infantes de tropa ligera, trescientos elefantes. Por tanto déjense ya ciertos novelistas de preguntar más ó andar adivinando, y creánme á mí que lo sé de cierto: cuando no, yo los mandaré meter en una nave carcomida, y á merced de los vientos echarlos á tierras donde nunca más parezcan» (1).

Dióles confianza ese lenguaje, y mucho más el ver que distaban los enemigos de ser en tan enorme número cuando al otro dia se presentaron en ostentosa formacion con 60 elefantes, para retirarse despues á sus campamentos sin que César se moviera del suyo: mas constándole á éste que ya tenían reunidos cuantos socorros podían esperar y que era probable no tardasen en atacar, aumentó las obras defensivas y las trincheras de comunicacion entre los puntos fuertes de las alturas, procurando acercarse y ganar uno de los cerros inmediatos á los contrarios, como lo consiguió con una ligera escaramuza para establecerse en él. Allí mandó hacer otras dos trincheras por medio del llano, encaminadas á Uzita que se asentaba en él, entre los campamentos de Escipion y el suyo, pero que permanecia ocupada por el enemigo, con idea de prolongarlas para acercar sus tropas hasta poder batirla á cubierto por

(1) Así lo dice Suetonio en la *Vida de César*, segun Goya y Muniain en el suplemento de su version castellana de los Comentarios.

los lados del ataque de la caballería, y tambien para ver si con la proximidad se decidian á la batalla. Al anoche-  
cer, á tiempo de retirarse la gente de esos trabajos, cargó súbitamente la caballería y tropas ligeras; y aunque al pronto cedió, perturbada por lo repentino de la acometida y por la multitud, se rehizo pronto, acudieron las legiones sobre los númidas, y puestos en fuga los persiguieron hasta el pié de sus fortificaciones, dejando pérdida considerable.

Despues de diversos azares y peligros llegaron al fin á desembarcar é incorporarse al ejército de César las dos legiones 9.<sup>a</sup> y 10.<sup>a</sup>; con lo que, creyendo contar fuerzas suficientes, tomó varias medidas para afirmar la disciplina y lealtad de las tropas; despidió algunos individuos que por sus antecedentes y conducta eran perjudiciales allí, y siguió valiéndose hábilmente de la palabra y de gestiones políticas atractivas de los soldados contrarios, y para alterar el reino de Juba activando las hostilidades que asolaban su propio territorio.

Era de esperar por momentos que se trabase gran batalla entre los contendientes, pues Escipion y Juba estaban envalentonados al verse con fuerzas tan considerables, y además el primero ardía en deseos de darla, por lo mismo que era opuesto el dictámen de Caton, quien segun Plutarco le escribió desde Útica, dándole consejos previosores en que le decia, *evitase batalla y prolongase la guerra quitándole las subsistencias al enemigo, molestándole con las tropas ligeras y dejando al tiempo que le diera la suerte*: pero como César por su parte procedia con gran cautela para no arriesgar nada inoportunamente, se dilató todavía, reduciéndose todos los encuentros á ligeras escaramuzas despues de soberbios alardes de batallas que el autor de este comentario describe con más minuciosidad de la que emplea y fuera de desear al tratar de la decisiva. Pasando, pues, por alto ese y otros pormenores semejantes, los

muchos trabajos de trincheras, los cambios de campamentos, y el episodio ocurrido entre las escuadras sobre las bahías de Adrumeta y de Leptis, á que acudió César en persona con su asombrosa actividad y feliz estrella, saltemos á las operaciones finales de tan interesante campaña.

«Hallándose César á este tiempo muy escaso de víveres, recogió todas sus tropas dentro de los reales, y dejando guarnicion en Leptis, Ruspina y Azilla, y encomendada la escuadra á Cispio y Aquila, para que cruzasen, el uno delante de Adrumeta y el otro de *Tapsa* (*Thapsum* ó *Thapsus*, hoy Dimass), dió fuego á aquellos reales, se puso en marcha á las tres de la mañana, colocado todo el bagaje en el ala izquierda, y llegó á la ciudad de *Agar* (hoy *Bou-Hadjar* ó *Buhadchár*), que acometida muchas veces por los getulos, habia sido defendida valerosamente por sus moradores. Aquí acampó en el llano, y saliendo con parte de sus tropas á buscar bastimento por los pueblos vecinos, dió vuelta á los reales con buena provision de cebada, aceite, vino, higos y algo de trigo (1), aunque poco, con que refrescó el ejército. Luego que supo Escipion la partida de César, partió en su seguimiento con todas sus tropas por las alturas, vino á acampar á seis millas de su campo, y dividió el ejército en tres diversos campamentos.»

Distaba de allí diez millas la ciudad de *Zetta* (hoy desconocida), que estaba situada en la llanura y venía á quedar á unas diez y ocho del campo de César: Escipion envió hácia ella dos legiones en busca de vituallas, y César que lo supo, se trasladó inmediatamente á un cerro, y dejándolo ocupado, volvió á marchar á las tres de la maña-

---

(1) Dice poco antes de este pasaje Hircio, que «hay en Africa la costumbre de tener «en los campos y en casi todos los pueblos *silos*, debajo de tierra, para guardar el trigo: «en especial por causa de la guerra y repentinas acometidas de los enemigos.» Cuya costumbre ha subsistido y se observa ahora de igual modo en toda Berbería, siendo un dato importantísimo para las operaciones en esos países, como lo han experimentado los franceses en la Argelia.

na, pasó por delante del campo enemigo, se apoderó de la ciudad y se disponia á seguir el alcance de dichas dos legiones, que estaban algo más léjos, cuando advirtió que el resto de las tropas enemigas iba á socorrerlas: entonces se detuvo, puso guarnicion y marchó para su campo, llevándose algunos prisioneros y 22 camellos.

«Llegando ya cerca del campo de Escipion, por delante del cual habian de pasar precisamente Labieno y Afranio, que estaban emboscados con toda la caballería y tropas ligeras, se presentaron de repente sobre la retaguardia por los collados inmediatos. Viéndose César acometido, opuso su caballería y mandó á las legiones que, retirando á cierto lugar el equipaje, cargasen con presteza á los enemigos. Apenas empezaron á ejecutarlo cuando la caballería enemiga y tropas ligeras fueron desbaratadas al primer ímpetu de las legiones, y desalojadas de los cerros con mucha facilidad. Y juzgando César que atemorizados y desbaratados cesarian de provocarle, prosiguió su marcha; *pero volvieron otra vez á salir con gran ligereza por los cerros inmediatos, acometiendo del mismo modo á las legiones los númeridas y la infantería ligera, dotada de increíble velocidad, que peleaba entre los caballos y estaba acostumbrada á avanzar y á retirarse juntamente con ellos. Y como esto lo hiciesen muchas veces, persiguiendo siempre á los cesarianos, huyendo si se les hacia frente, no acercándose á pelear, y contentándose con cargar de flechas á las legiones,* conoció César que no era otro su designio sino obligarle á acampar en aquel paraje, donde no habia agua, para que su ejército, que estaba sin tomar alimento desde las tres de la mañana hasta las cuatro de la tarde, y sus caballos perciesen de sed. Viéndose ya cerca de ponerse el sol, y que no habia adelantado cien pasos en cuatro horas, hizo retirar á retaguardia la caballería, que habia perdido muchos caballos, y *dió orden á las legiones de que acudiesen, ya unas ya otras, al mismo puesto.* Así sostenia con más facilidad la

furia del enemigo, marchando, aunque lentamente, con más sosiego (1). Al mismo tiempo *asomaban corriendo los nímidas por las alturas á derecha y izquierda, ya pretendiendo cercar con la multitud las tropas de César, ya persiguiendo la retaguardia. Mas solo con volver la cara tres ó cuatro veteranos de César, y disparar los dardos con esfuerzo, volvian á un tiempo las espaldas más de dos mil nímidas; y otra vez, revolviendo los caballos, se rehacian, alcanzaban á nuestro ejército, y daban nuevas descargas sobre las legiones.* De esta manera, detenido César en la jornada más de lo regular, unas veces marchando y otras resistiendo, entró con sus tropas en los reales una hora despues de entrada la noche, sin perder un hombre, y con solo diez heridos. Labieno se retiró á los suyos con pérdida de casi trescientos hombres, muchísimos heridos, y todos muy fatigados. Tambien Escipion retiró sus legiones, que habia formado al frente del campo con los elefantes á vista de César para infundir terror..... César amaestraba sus tropas contra un ejército de esta especie, no como un general á un ejército veterano y vencedor en tantas acciones famosas, sino como un maestro de esgrima que instruyese á unos gladiadores. Así los enseñaba cómo se habian de libertar del enemigo, cómo y en qué espacio le habian de hacer frente, unas veces avanzando, otras cediendo, otras amenazando atacarle: y casi hasta cómo y cuándo habian de lanzar sus dardos. Porque las tropas li-

---

(1) Como siempre que explica alguna maniobra el traductor, creo que deja que de-  
sear aquí su versión de que las legiones *acudiesen ya unas ya otras al mismo puesto*,  
para que se comprenda el sentido. El texto latino se expresa así: «Cum iam ad solis oc-  
» casum esset, et non totos centum passus in horis quatuor esset progressus, equitatu suo,  
» propter equorum interitum, extremo agmine remoto, legiones invicem ad extremum  
» agmen evocavit: ita vim hostium, placidè leniterque procedens, per legionarium militem  
» commodius sustinebat.»

La antigua traducción de los Comentarios de Frey Diego Lopez de Toledo dice:  
«llamaba las legiones alternadas á lo postrero de la gente» y la francesa (edición de  
Wailly), que ordenó «á ses legions de se rendre chacun tour á tour á la queue, pour fer-  
» mer la marche.» Entiendo que estas últimas versiones deben rendir mejor lo que el au-  
tor explica, porque es indudable que lo que César dispuso en aquella ocasion, no podia ser  
otra cosa que la retirada escalonando sus legiones.



geras del enemigo tenían puesto en gran cuidado y solicitud á nuestro ejército, recelando la caballería chocar con ellas, porque la mataban los caballos con sus flechas, y causaban á las legiones con su ligereza; pues luego que nuestra infantería pesada con las armas, viéndose atacada, quería hacerles frente, *evitaban ellos el peligro con una veloz carrera*. Esto inquietaba mucho á César, porque en cualquier encuentro en que su caballería no estaba sostenida de las legiones, no podía resistir á la caballería y infantería ligera de los enemigos. Dábale también no poco cuidado el que aun no conocia las legiones enemigas, y cómo podría sostenerse contra su caballería y tropa ligera, que era excelente, si se la juntasen las legiones. A esto se añadía también que la corpulencia y multitud de los elefantes aterraba á nuestros soldados; para lo cual halló con todo un remedio, que fué mandar conducir elefantes de la Italia, para que sus tropas se acostumasen á la vista y fortaleza de estas bestias, conociesen en qué parte de su cuerpo podían ser heridas fácilmente, y cuál quedaba descubierta, estando el elefante armado y lorigado, para que le apuntasen á ella; y además quería que se hiciesen los caballos á no temerlos, acostumbrándose á su hedor, estrépito y figura. De lo cual habia sacado mucha ventaja; porque ya los soldados manoseaban á los elefantes, conocian su pesadez, los de á caballo les tiraban dardos con botones en las puntas, y la paciencia de ellos habia acostumbrado á los caballos, de suerte que no los extrañaban. Por todas las razones dichas estaba César con más cuidado, y se hacia más lento y considerado, cediendo de su antigua costumbre y actividad en los asuntos de la guerra. Ni es maravilla; porque tenia unas tropas hechas á pelear en Francia, en parajes llanos y abiertos, contra los franceses (los Galos), gente sencilla, no impuesta en los ardides de la guerra, y acostumbrada á pelear con el valor, no con estragemas. Pero ahora habia de enseñar á los soldados á